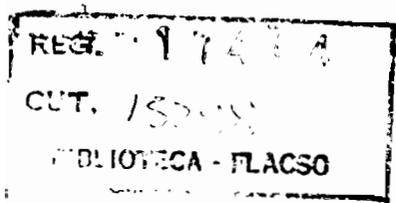


Cultura política y democratización

Biblioteca de Ciencias Sociales
Directores: Mario R. dos Santos
y Cristina Micieli.
Programa de Publicaciones
Asistente: Ariel Sher.



I.S.B.N.

Diseñador de portada: Pepa Foncea.

Corrector de pruebas: Leonel Roach.

Inscripción N° 67.603

Impresor: Salesianos.

Bulnes 19. Santiago de Chile.

Primera Edición: agosto de 1987.

Copyright de todas las ediciones en español por

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Av. Callao 875, 3er. piso, 1023 Buenos Aires, Argentina.

Composición: Compoláser,

Av. Providencia 329, 3er. piso, Santiago de Chile.

INDICE

	Página
Presentación	7
I	
Del radicalismo reivindicativo al pluralismo radical, <i>Ludolfo Paramio</i>	17
Rasgos básicos en la transformación de la cultura política española, <i>Rafael del Aguila</i>	25
Notas sobre el fenómeno ETA, <i>Javier Garayalde</i>	33
II	
La trama cultural de la política, <i>Oscar Landi</i>	39
Política y militancia: ¿hacia el fin de una cultura fragmentada?, <i>Vicente Palermo</i>	66
Consenso democrático en el Chile autoritario, <i>Angel Flisfisch</i>	99
La cultura política de la juventud popular del Perú, <i>Julio Cotler</i>	127

III

La cultura política de las mujeres, <i>Judith Astelarra</i>	149
Una gramática postmoderna para pensar lo social, <i>Benjamín Ardití</i>	169
Movimientos sociales y gestación de cultura política. Pautas de interrogación, <i>Fernando Calderón y Mario R. dos Santos</i>	189

IV

Gramsci y el sentido común, <i>José Nun</i>	199
El concepto de lo político según Carl Schmitt, <i>Franz Hinkelammert</i>	235
La democratización en el contexto de una cultura postmoderna, <i>Norbert Lechner</i>	253

MOVIMIENTOS SOCIALES Y GESTACION DE CULTURA POLITICA. PAUTAS DE INTERROGACION

Fernando Calderón y
Mario R. dos Santos

I. La Inflexión.

A la luz de los análisis recientes,¹ las características y la naturaleza de los movimientos sociales latinoamericanos se hallarían en un punto de inflexión. Este es visualizable de la siguiente manera: por una parte, existiría genéricamente una pérdida de centralidad de tales movimientos en la sociedad, haciendo que los mismos sean cada vez menos concebibles -por distintos motivos- como actores históricos. Por otra, el surgimiento de nuevos movimientos sociales y también la transformación de los clásicos muestran una multidimensionalidad en las composiciones y una diversidad en las orientaciones que coadyuvan a un proceso de fragmentación y particularismo en la acción social.

¹ Nos referimos a aproximaciones más teóricas, entre las que se cuentan las de Touraine, Alain, *Nuevas pautas de la acción colectiva en América Latina*, PREALC, Santiago de Chile, 1984; Evers, Tillman, "Identidade: a face oculta dos novos movimentos sociais", en *Novos Estudos CEBRAP*, vol. 2, núm. 4, abril de 1984; Cardoso, Ruth, "Movimentos sociais urbanos: balance crítico", en *Sociedade e política no Brasil pós-64*, Sorj, B., y Tavares de Almeida, M. H., compiladores, Brasiliense, San Pablo, 1983; Castells, Manuel, *The City and the Grassroots*, University of California Press, Berkeley, California, 1983; Kowarick, Lucio, *Movimientos sociales urbanos en Brasil* (título provisional, en prensa), UNRISD-CEDEC, San Pablo, 1986; Campero, Guillermo, "Luchas y movilizaciones sociales en la crisis: ¿Se constituyen movimientos sociales en Chile?", Santiago de Chile, 1985; Jelin, Elizabeth, "Nuevos silencios, nuevas voces", En Calderón, F. compilador, *Los movimientos sociales ante la crisis*, CLACSO, Buenos Aires, 1986; Coraggio, José Luis, *Revolución y democracia en Nicaragua*, INIES-CRIES, Managua, 1984, y Melucci, Alberto, "Movimenti sociali negli anni '80: alla ricerca di un oggetto perduto? en *Stato e Mercato*, núm. 14 agosto 1985. Como a trabajos de corte empírico. Una síntesis de estos últimos y referencias sobre estudios de caso se puede hallar en Calderón, Fernando, compilador. *Los movimientos sociales ante la crisis*, Ob. cit., y Jelin, Elizabeth, y Calderón Fernando, *Movimientos sociales. Balance y perspectivas en América Latina*, trabajo presentado al XI Congreso Mundial de sociología en Nueva Delhi, 1986.

Dicha situación de inflexión, sociohistóricamente, puede ser caracterizada como el pasaje de un sistema de prácticas y orientaciones colectivas que con diversas articulaciones entre nación y clase buscaban conducir un proceso de industrialización y de modernización societal, a otro en el cual tiende a perderse esa fluidez que permitía una transformación del sistema social y simultáneamente una autoconstitución de los movimientos sociales funcional a la misma.

Así, si bien el movimiento obrero y los movimientos populares en América Latina durante los últimos cuarenta años buscaron, de múltiples maneras, constituir procesos de liberación nacional y social (procesos que tenían al Estado como referente y recurso central) hoy la crisis del modelo industrial y en gran medida las derrotas políticas del movimiento obrero y popular en la década del 70 han producido en ellos y en el conjunto de nuestras sociedades mutaciones importantes.

El resultado de estas mutaciones ha sido el surgimiento de un sinnúmero de prácticas, valores, conflictos, solidaridades, identidades y efectos societales de orden disperso, fragmentado y de resistencia que evidencian la cualidad distinta que adquieren las prácticas colectivas actualmente en América Latina.

El problema al respecto es el de saber por qué se produce esto y, por otra parte, si resulta posible la constitución de un nuevo sistema de acción histórica a partir de las características actuales de la acción colectiva. Nuestro propósito en lo que sigue es internarnos en ese campo.

II. Crisis y nuevas oposiciones.

Evidentemente las transformaciones del sistema de acción colectiva provinieron de un conjunto de causas de distinta índole que acumularon limitaciones sobre aquel modelo, nunca por lo demás plenamente consolidado, pero lo más importante sería que la crisis actual precipita esas limitaciones agregándoles nuevas determinaciones.

Entre tales determinaciones resaltan los procesos de transformación de la economía mundial y más precisamente los procesos de reestructuración capitalista a nivel de los países centrales, que implicaron mayor internacionalización e interdependencia de la economía mundial, y el papel central en ella del capital y la política financieras, de la inidencia de la militarización en la producción y el consumo y, muy especialmente, de la revolución tecnológica y su impacto en los procesos de acumulación, producción y distribución. Los procesos sumariamente mencionados tienden a producir una nueva división internacional del trabajo y un mercado mundial cada vez más centralizado en torno de los países industrializados, y selectivamente incluyente de los países de la periferia.²

² Castells, Manuel, "Reestructuración económica, revolución tecnológica y nueva organización del territorio", en *Metrópolis, territorio y crisis*, varios autores,

No son ajenos a esto los procesos de transformación del conjunto del sistema de dominación, a impulsos del socavamiento del Estado de bienestar de la centralización de los aparatos de representación política, de la internacionalización de la política y del peso crítico de las decisiones de élite, de la tendencia a una mayor autonomía burocrática y su creciente distancia respecto de un control e información democráticos, de la modernización de los aparatos de control político y social, del desarrollo de organizaciones mafiosas y clandestinas en torno a la droga, con efectos negativos sobre los sistemas democráticos y sobre los valores éticos de cohesión y organización social.³ Se trata pues de la plasmación unilateral y degradada de impulsos de la cultura de la modernidad, cuyas cualidades universalizantes parecen concretarse sólo en una homogeneidad material tecnológica, mercantil y burocrática creciente que aniquila lo diferente o lo excluye, sin expresión en una complejidad democrática incentivadora de procesos discursivos y decisorios amplios.⁴

Para la región latinoamericana, los procesos anotados tienen consecuencias específicas en términos de pérdidas de soberanía nacional, de capacidad productiva y de aceleramiento de los procesos de diferenciación y fragmentación social, con la consecuente generación de economías sumergidas y pauperizadas a gran escala. Para los estados de la región, la cuestión se plantea no en términos de la integración o no a la reestructuración capitalista, pues en realidad están inmersos en ella, sino en términos tanto de las formas posibles de tal integración como de las consecuencias de ella sobre la trama social y organizacional interna.⁵

Revista Alfoz, Ateneo, Madrid, 1985; CEPAL, Desarrollo económico: una evaluación y proyecciones 1985-1995, LC/G. 1407 (SES, 21/9), México, 1986, y CEPAL, *Colloque: vers quel nouvel ordre mondial ?*, Département d'Economie Politique, Université de Paris VIII, Paris, agosto 1983; PREALC-OIT, *Más allá de la crisis*, Santiago de Chile, 1985; Sánchez Amau, Juan C., *Escenarios de mediano plazo para el futuro desarrollo de América Latina*, Instituto Italo-Latinoamericano, Roma, junio de 1985; Banco Mundial, *Informe sobre el desarrollo mundial 1985*, Washington, 1985, y Centre d'Etudes Prospectives et d'Informations Internationales, *Configurations prospectives de l'Economie mondiale*, Paris, 1985.

³ Germani, Luis, "Autoritarismo y democracia en la sociedad moderna", en *Los límites de la democracia*, varios autores, CLACSO, Buenos Aires, 1985; Offe, Claus, *Advanced capitalism and the Welfare State*, trab. mimeog 1972; Pizzorno, Alessandro, "La racionalidad de la acción democrática", en *Los límites de la democracia*, ob. cit.; Lefort, Claude, *L'invention démocratique*, Favard, Paris, 1981; y Arendt, Hannah, *Crisis de la República*, Taurus, Madrid, 1973, entre otros.

⁴ A título ilustrativo: "Ya no se trataría sólo de la monetarización de la fuerza de trabajo, sino también de la burocratización del mundo de la vida." (...) Como consecuencia, "se concibe la libertad no como autonomía del mundo de la vida, sino como ausencia de ataduras para los inversores privados", entrevistas a Jürgen Habermas, "Perfil político y filosófico", separata de la revista *Punto de vista*, Buenos Aires, año 9, núm. 27, agosto de 1986. Cf. también del mismo autor *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Amorrortu, Buenos Aires, 1982.

⁵ Fajnzylber, Fernando, *La industrialización trunca de América Latina*, Nueva Imagen, México, 1983; Hirschman, Albert O., *Desenvolvimiento por efeitos em*

En cuanto a los movimientos sociales, se advertiría no solamente una heterogeneidad y diversidad de las acciones colectivas, que van desde movimientos políticos, ético-culturales, revolucionarios, de género, de juventud, étnicos, regionales, de mejoramiento de condiciones de vida, de consumidores, de homosexuales, hasta los movimientos sociales clásicos como el obrero y el campesino, sino una cualidad defensiva y de alguna manera monádica. Esto no implica que cada uno de los movimientos constituyan mundos homogéneos y cerrados; muy por el contrario, son sistemas de acción compuestos y diversos en construcción. En ese sentido, parecen recoger las características autóctonas del sistema de redes de relaciones sociales cambiantes y difusas de la sociedad latinoamericana.

Estos movimientos sociales no encuentran formas de expresión en el sistema político, problema particularmente agudo en los recientes procesos de revalorización de la democracia y de apertura política. Siendo así, la legitimidad conferida al sistema político por los movimientos sociales está en cuestión; de ello derivan dificultades extremas en lograr mecanismos de regulación, comunicación y transmisión de las demandas de la sociedad al sistema político, habida cuenta de este clima de desconfianza entre partidos, Estado y movimientos sociales.

Seguramente los procesos de diferenciación y fragmentación anteriormente anotados inciden en este clima de desconfianza. Sin embargo, sería impensable la transición democrática que viven varios países de la región sin que hayan exitido procesos consensuales amplios de revalorización de la democracia, pese a tal diferenciación y fragmentación. Ciertamente, es posible encontrar una variedad de situaciones e intensidades, desde los momentos predemocráticos donde el consenso se inspiraba más en la negación de regímenes dictatoriales que en la afirmación de un tipo específico de régimen democrático, hasta aquellos de franca conflictividad y ambivalencia por parte de los movimientos sociales respecto del Estado y los partidos.

En esta situación, los movimientos sociales exhiben una simultaneidad de racionalidades individuales -psicológicas y colectivas-, lo cual implica un entrecruzamiento volitivo y no más externo como conciencia advenida desde fuera.

En segundo lugar, las oposiciones y las metas son visualizadas de diferente manera, sin oposiciones binarias claras y visibles (obreros versus capitalistas, nación versus imperialismo).

cadeia: uma abordagem generalizada", en *Economia e movimentos sociais na América Latina*, Sorj, B., Cardoso, F.H., y Tort, M., compiladores, Brasiliense, San Pablo, 1985; Fernando Henrique, *As ideias em seu lugar*, Paz e terra, San Pablo, 1985; Ferrer, Aldo, "Europe and Latin America in the World Economy", en Colin I. Bradford (h.), compilador, *Debt, sovereignty and democracy in Latin America. The need for a new orthodoxy*, Yale University Press, New Haven, 1985. Véase, en el mismo volumen, Bradford, Collin I., "National autonomy and the new globalism", y Berthélot, I., "The future of the World economy. Certainties and uncertainties".

En tercer lugar, aparentemente habría un desplazamiento, en cuanto a esa inspiración sincrónica, estructural, en las metas, para pasar a un diacronismo en el cual las metas son más abiertas y la lenta transformación de las relaciones sociales es central. La adscripción a múltiples redes de pertenencia y la adecuación polivalente de los actores a ellas tienden a diluir las identidades consistentes de larga duración. Ello refuerza la fragmentación, pues la nueva complejidad y trabazón del perfil de los actores individuales no se traduce en mayor capacidad de integración entre los distintos movimientos en los que participan.

En síntesis, si estos procesos son los que conducen las transformaciones societales contemporáneas y la naturaleza y las características de los movimientos sociales son los anotados genéricamente antes, podría uno interrogarse acerca del grado de distancia existente entre la lógica de transformación del sistema de dominación y la lógica de las oposiciones al mismo representada por los movimientos sociales. En otras palabras, en una primera instancia, habría desencuentros en el sistema de oposiciones, ya que la materialidad de la nueva estructura de dominio a nivel internacional, y crecientemente también a nivel nacional, no guarda relación con la materialidad de la rebelión y la protesta social, porque los movimientos sociales no llegan a enfrentar a los oponentes reales. En realidad, quedan sometidos a una práctica defensiva y de resistencia y sólo logran rozar en su reacción los efectos de aquella lógica del poder, que es cada vez más abstracta y difusa, mientras que la de la resistencia es cada vez más concreta y localizada.

Sin embargo, esto no quiere decir que los movimientos sociales hayan dejado de producir cultura política. Por supuesto, no una cultura política asimilable a las utopías directamente universalistas de modelos societales ya inalcanzables según datos de la realidad o cuestionados en el plano ideológico por modificaciones en la propia cultura política imperante en ellos, a impulso de la crisis de teorías y de paradigmas societales. Ahora bien, ¿todo esto implicaría que estamos yendo hacia sociedades con movimientos sociales múltiples y dispersos que generan sólo subculturas y acciones defensivas, sin posibilidad pues de constituirse en verdaderos actores históricos, o, por el contrario, es posible que reemerjan actores históricos a partir del aglutinamiento de identidades aparentemente irreductibles, con elaboración de nuevas utopías?

III. ¿Hacia un nuevo imaginario colectivo?

Sociológicamente estamos acostumbrados a pensar las subculturas precisamente como construcciones que no aportan propuestas de orden societal, apoyando sólo la identidad de los miembros de un grupo en un crisol endógeno. En este sentido, nuestra idea preliminar es que no existe posibilidad de búsqueda de identidad (lo cual sabemos que sí es

elemento esencial de todo movimiento social) sin que al menos en el imaginario colectivo haya referencia a otras identidades y a otros actores.⁶ Tales otros pueden ser soñados como iguales o como transformables en iguales, pero no pueden dejar de aparecer. No se puede ser tan particularista en la búsqueda de identidad como en el plano de la acción.

Y avanzando en este camino que implica en algún sentido negar la existencia de subculturas, podría llegar a pensarse que existe una potencial resignificación simbólica para una nueva totalidad imaginaria, la cual permita luego una articulación entre los movimientos sociales y a partir de ella sí la verdadera confrontación con el sistema de dominio. Para ello se puede explorar los elementos de los imaginarios colectivos, viendo qué ofrecen en cuanto a posibilidades de integración. Descreemos obviamente de una reconducción directa de la lógica de la acción, a través de una intervención inmediata en el plano de la política. Eso sería equivalente a creer en la posibilidad de una producción "administrativa" de sentido, que cierre las brechas entre los movimientos sociales con una simbología impuesta ya no desde el Estado pero sí desde otro agente.

Otra cosa es dejar de lado una operación *directa* sobre las lógicas de la acción, más allá de esos horizontes imaginarios que las impulsan, para analizar estos últimos e identificar sus afinidades socioculturales y potencialidades de integración primero en ese plano. No se puede operar directamente sobre las lógicas de la acción, más que nunca se trata de operaciones socioculturales, no específicamente políticas.

En contraste con los países europeos occidentales, donde la reconstitución de los sistemas de acción histórica pasaría por la recuperación de los principios universalistas y humanistas de la ilustración, en nuestra región las especificidades sociohistóricas implican que un eventual proceso de reconstitución del sistema de acción histórico se realizaría sobre la base de la experiencia y de la fuerza de autoproducción societal y simbólica de los movimientos sociales. Es evidente que los distingue una resistencia activa de magnitud y de impacto incomparables con los de Europa, con una conflictualidad mucho más intensa sin remisiones fáciles a un proyecto compartido y en un contexto de relaciones sociales menos estructuradas y más simbióticas.

Así, a diferencia de la tesis de Touraine⁷ y otros, donde se llegaría

⁶ Aquí estamos utilizando el concepto de imaginario de Castoriadis, limitándolo al sistema de significaciones fundante propio de un movimiento social; no tiene pues ese sentido epocal y abarcador de toda la sociedad que lo distingue en el autor citado. Nuestra idea retoma sí las notas siguientes: se trata sí de "una creación incesante y esencialmente indeterminada (social, histórica y psíquica) de figuras, formas, imágenes a partir de las cuales solamente es posible hablar de 'alguna cosa' Castoriadis, C., *La institucionalización imaginaria de la sociedad* Paz e Terra, Rio de Janeiro, 1982, pág. 171.

⁷ Touraine, A., *Las nuevas pautas de la acción colectiva en América Latina*. CEPAL-PREALC, Santiago de Chile, 1984. Cf. también una síntesis de ese pensamiento en *David y Goliath*, núm. 46, CLACSO, Buenos Aires, enero-diciembre de 1984.

a un sistema nuevo de acción histórica por la simplificación y racionalización progresiva de los rasgos y motivos de la acción por parte de los movimientos sociales, creemos que la posibilidad de llegar a un sistema de acción histórica (con renovada capacidad de producir transformaciones en la sociedad) requiere fundamentalmente que existan en el plano de estos imaginarios colectivos de los movimientos sociales posibilidades de articulación simbólico cultural que puedan derivar en integraciones políticas concretas. De no ser así, esa simplificación de los motivos de la acción, aún proporcionando funcionalidad de planos que interactúan sin confundirse, difícilmente pueda proporcionar la confluencia de fuerzas necesarias para un sistema de oposiciones efectivo. Y está claro que no existe un conocimiento acabado de estos imaginarios colectivos, y menos aún se ha explorado la posibilidad de articulaciones de los mismos en el plano simbólico cultural.

Muchas veces elementos simbólicos que aparecen en la cotidianeidad de los movimientos sociales hacen referencia a una totalidad polivalente pero con la cual se identifican. Un ejemplo es el de la negritud en la sociedad brasileña o el de la chicha en el Perú, la celebración de la fiesta de Urkapiña en Bolivia, o manifestaciones en la literatura y en el arte que se hallan presentes en imaginarios colectivos de varios movimientos sociales.

Seguramente hay superposición y afinidades en cuanto a elementos de los imaginarios colectivos de diversos movimientos sociales que tienen potencialmente implicaciones más directas para la acción social. Tal vez resulta posible visualizar en el horizonte de los mismos un conjunto de significantes convergentes en torno de valores de autogestión, de solidaridad y reciprocidad, de reconocimiento de la diversidad, de búsqueda de autonomía e independencia, en muchos casos recuperando y transgrediendo los valores cristianos, étnico-culturales, de género y edad, clasistas-nacionales, libertarios e igualitarios de nuestros pueblos. Ubicándonos en este plano, aun escogiendo los movimientos sociales más antitéticos y con mayor carga destructiva y autodestructiva, resulta factible captar demandas afines de resignificación totalizante. Es quizás igual a lo que ocurre individualmente en el suicidio, en el cual se sigue buscando la vida.

Los amplios consensos en torno de la revalorización de la democracia, amplios consensos que precedieron y acompañaron las transiciones o recuperaciones de regímenes constitucionales, inducen algunas reflexiones. ¿Hay luego una interrupción en la constitución del consenso, un impedimento para su profundización? En primer lugar está claro que la diferenciación social y la fragmentación derivada de ella no impidieron su surgimiento; lo que no sabemos es si los mismos son frutos de una experiencia histórica compartida, pero como experiencia individual (de nivel micro), o fruto de procesos activos intersubjetivos que socializan la cultura política elaborada por los movimientos sociales. Tampoco sabe-

mos si los valores que los miembros de los movimientos sociales gestan en ellos se traducen plenamente en forma de acción colectiva coherente respecto de los mismos. En realidad hay una tendencia a transferir mecánicamente al movimiento aquellos valores adquiridos por los miembros en su actuación en él. Se trataría de dos errores más o menos simétricos, que señalan la necesidad de una mayor profundidad en el conocimiento.

Resumiendo nuestro argumento central, se habría dado efectivamente un repliegue a lo local y cotidiano en las relaciones referidas a la política, sin aquellas síntesis propias de una racionalidad más formal e intelectualista. No obstante, esos imaginarios colectivos con núcleos menos formales, más sustanciales u ontológicos, no necesariamente implican un irracionalismo desintegrador. Fenomenológicamente portan otras racionalidades, las cuales requieren, para poder ser reconocidas, también una actitud fenomenológica. Es decir, cualquier acción social tiene una refracción imaginaria que se incluye en una totalidad imaginaria, sin la cual es imposible percibirse a sí mismo y a los otros. No hay múltiples totalidades imaginarias, sino siempre una a la cual se apela para comprenderse y comprender.

La identidad implicaría mecanismos de reconocimiento existencial, ya no sólo en términos de autoafirmación y pertenencia específica, sino de reconocimiento en un espacio múltiple y diverso de otras identidades imaginadas o imaginables de actores sociales reales o posibles.

Pero esto no es captable con una óptica reduccionista dependiente de lógicas cerradas (ya sean formales o dialécticas). Tales lógicas de pensamiento impiden tanto la descripción fenomenológica acabada de los movimientos sociales como una intuición de su naturaleza ontológica.

Esa intuición nos permite volver a una pregunta obviamente sin respuestas: ¿está en construcción una nueva totalidad imaginaria en la cual los elementos afines de los imaginarios colectivos de los múltiples movimientos sociales puedan verse como afines? En realidad no lo sabemos, pero la libertad nunca se supo.